

Es inútil emprender una dilatada exploración bibliográfica acerca de don Porfirio Díaz en el año de 1858, en vista de que, algunos de sus biógrafos lo consideran como personaje interesante —Godoy, por ejemplo— (1), hasta la época de la Intervención Francesa y por ello, pasan con rapidez y casi de compromiso sobre los hechos de don Porfirio Díaz, ocurridos antes de la época señalada; otros, como Bulnes (2), no se propusieron llevar a cabo un estudio biográfico, sino el examen crítico de su administración a partir de 1876; algunos más, que podría mencionar, García Naranjo (3) y Quevedo y Zubieta (4), por ejemplo, han tomado como fuente las Memorias del General Porfirio Díaz (5) que obtuvo en conversaciones don Matías Romero, quien más tarde las coleccionó y editó.

Estas mismas "Memorias" fueron objeto de "rectificaciones y aclaraciones" que publicó "El Universal" de 1922, las cuales llevan notas de Guillermo Vigil y Robles y "anotaciones críticas" del Ing. Francisco Bulnes. Con el respeto, es conveniente transcribir, la nota fundamental de Guillermo Vigil y Robles que aparece antes de la "introducción": "Debiendo hacer yo las aclaraciones a las memorias del General Porfirio Díaz, he comenzado por hacer las correcciones de las erratas que tuvo la edición original así como de los lapsus en que inconsciente o voluntariamente incurrió el mismo Sr. General Díaz".

(1).—José F. Godoy.— Porfirio Díaz, Presidente de México.— Müller Hnos. México. — 1910.

(2).—Ing. Francisco Bulnes.— El verdadero Díaz y la revolución.— México. 1920.

(3).—Nemesio García Naranjo.— Porfirio Díaz.— México.— 1931.

(4).—X.X.X.— Porfirio Díaz.— Ensayo de Psicología histórica.— Bouret.— París. — México.— 1906.

(5).— Memorias del General Porfirio Díaz.— México.— 1922.

“Para el fin propuesto, he agregado valiosos documentos históricos que son de mi propiedad, pues los heredé del Sr. D. José María Vigil, padre de quien tiene el honor de hacer estas glosas. No queriendo en mi papel de compilador, mezclar tendencias políticas, este libro, al publicarlo *El Universal*, separa notoriamente la labor del encargado de la glosa, de la de las acotaciones críticas que por encargo de *El Universal* hará el Sr. Ing. D. Francisco Bulnes”.

“Yo me concreto con el respeto debido al autor de las Memorias a mi papel de compilador”.

“Al efecto, inserto en seguida las memorias llevando en forma de notas mis aclaraciones, e insertando en cada caso los documentos originales a que he hecho referencia”.

Por medio de dichas Memorias se sabe, que a principios de 1858, don Porfirio Díaz curábase aún de la herida que sufrió en la batalla de Ixcapa ocurrida el 13 de agosto de 1857 y acerca de cuya herida, dice don Porfirio lo siguiente: “El Dr. Calderón (Dn. Esteban) me había hecho dos incisiones en busca de la bala; una por la región abdominal y otra por el cuadril derecho. La segunda incisión me causó mucho bien, porque permitió la salida de gran cantidad de pus y de varias esquirlas que si hubieran permanecido más tiempo sin salida habrían puesto fin a mi existencia”. El capitán Díaz tenía en muy buena opinión al doctor Calderón, no tan sólo por el caso suyo, sino por el comportamiento que tuvo con los demás heridos que resultaron en la batalla de Ixcapa. Sobre su propia herida el Sr. Díaz refiere algunos hechos curiosos, antes del que nos dice una vez puesto en manos del Dr. Calderón: “El día de la batalla, el Mayor de mi Cuerpo, Lic. Montiel, que en su juventud había hecho algunos estudios de medicina me aplicó por toda curación hilas secas en forma de lechinos o tacos, para detener la hemorragia. Al día siguiente el Sr. Don Nicolás Arrona, cura que era de Cacahuatpec y que había sido mi maestro de latín, me informó que existía en ese pueblo, un indio que hacía curaciones tópicas y que entendía algo de medicina. Efectivamente, acudió a mi presencia ese indio que fundaba su atrevimiento para curar, en los conocimientos científicos que creía haber adquirido en el hospital de San Cosme de Oaxaca, cuando

estuvo algunas semanas en ese establecimiento en calidad de preso por ebrio; pero como por lo pronto sufría yo mucho e ignoraba los antecedentes de ese individuo, le permití que me hiciera la primera curación que se redujo a aplicarme un unguento que él confeccionó con resina de ocote, huevo y grasa, el cual me produjo tan abundante supuración, que ella hubiera bastado para matarme si no acude en mi auxilio un médico”. El doctor Calderón.

El primer hecho histórico en que tomó parte don Porfirio Díaz en el año de 1858, fue el que ha pasado a la historia con el nombre de asalto a la esquina del Cura Unda (8 de enero de 1858); pero antes de referirnos de qué manera ocurrió, nos expresa su opinión acerca del Golpe de Estado, en la forma que sigue: “... el general Comonfort, electo Presidente. había inaugurado su nueva administración el 1º de diciembre siguiente (1); pero por desgracia y cediendo a influencias malignas del partido conservador y de pocos liberales visionarios (2), disolvió el Congreso el 17 del mismo mes, y proclamó la dictadura, cambiando así sus títulos de Presidente constitucional por el de jefe de asonada”.

Después de la batalla de Ixcapa, don Porfirio Díaz, que aun tenía el grado de capitán regresó a Oaxaca; pero como a la vez salió el mayor Montiel con parte del batallón, correspondió al primero encargarse del detall y por ello, tomó parte principal en los acontecimientos que se precipitaron muy pronto. Una columna al mando del jefe conservador don José María Cobos se acercó a la capital de Oaxaca y la ocupó, obligando al coronel don Ignacio Mejía, gobernador del Estado, a replegarse y hacerse fuerte con las guardias nacionales, en los conventos de Santo Domingo, el Carmen y Santa Catarina, a los cuales puso sitio el general conservador. La mayoría del batallón al que pertenecía don Porfirio, quedó establecida en el convento de Santo Domingo y el mismo capitán, dirigió el asalto a la esquina del Cura Unda, uno de los episodios más sonados del primer sitio de Oaxaca, relatado así por el autor de las “Memorias”:

(1).—A la reunión del primer Congreso Constitucional acaecida en septiembre de 1857.

(2).—Subrayado por el autor de este libro.

“Convenimos, pues, en que en ese momento, que serían las 10 de la noche, saldría yo de nuestra línea con 25 hombres de mi compañía, a horadar la manzana contigua, y pasando por varias casas de esa manzana, llegaría a ocupar las ventanas de la última casa que quedaba a la retaguardia de la trinchera indicada, que por descuido no había ocupado el enemigo (1); y que al llegar yo a esa casa, esto es, a la retaguardia del enemigo, me auxiliaría una columna de Santo Domingo”.

“Este auxilio consistiría en sacar desde la media noche, a la esquina de la Perpetua dos compañías: la de granaderos del primer batallón y otra del segundo que era la mía; tirotear desde allí constantemente al enemigo, para que obligándolo a contestar el tiroteo, no oyera el ruido que yo pudiera hacer con el trabajo de perforación de los muros.

De las dos compañías que debían situarse en la esquina de la Perpetua la mía que era la de granaderos del 2º Batallón, debía avanzar por toda esa calle y la del Cura Unda desalojar la fuerza que se encontraba en la calle transversal y en la tienda, a la cual yo batiría por la puerta de la trastienda. La señal para que mi compañía emprendiera sus operaciones sería una granada de mano que yo arrojaría por encima de las azoteas y que reventaría en la calle”.

“Debía situarse en la trinchera nuestra de Santa Catarina todo el presidio con su correspondiente escolta, para acarrear en hombros, los bultos de harina que formaban las trincheras, al perímetro sitiado, luego que yo lo tomara.”

No le dieron al capitán Porfirio Díaz los 25 hombres de su compañía que necesitaba, sino fueron tomados de las fuerzas irregulares y aún de los serenos, que carecían de organización militar.

Cuando llegó el momento oportuno dió la señal convenida; pero los soldados apostados en la Perpetua no revelaron señales de vida a pesar de que, tanto aquellos como los oficiales de esas Compañías, eran de mucho brio y deseaban auxiliarlo.

En la noche del 7 de enero de 1858, el capitán Díaz comprendió el movimiento que tenía proyectado, y para ello, co-

(1).—Esta trinchera estaba cerca de una esquina de la calle del Cura Unda.

menzó por horadar muros de adobe “para lo cual empleaba agua e instrumentos de carpintería”, a fin de evitar el ruido que habrían hecho las barretas y como en cada casa que horadaba tenía que dejar un hombre, al llegar a la última apenas le quedaban trece.

La tienda de la última casa estaba ocupada por el enemigo “que tenía también una trinchera” frente a Santa Catarina.

Al caer el pedazo de tapia en el momento en que terminaba la última horadación, don José María de los Cobos estuvo expuesto a que lo descubriesen, pues quedó encerrado en un “común” al penetrar al segundo patio de la casa mientras sus ayudantes permanecían en la tienda durante la visita que practicaban a toda la línea. Así pues, prefirió quedar en su escondite al mirar que un piquete de soldados liberales aparecía repentinamente.

Una vez que pasaron los propios soldados, se formaron en el segundo patio y como el capitán Díaz encontrara una joven, la encerró en un cuarto para que no diese aviso al enemigo, dirigiéndose después a la trastienda, “cuyas ventanas daban a la espalda de los defensores de la trinchera”. Los desalojó a los primeros tiros, y, entonces, “se replegaron al destacamento que estaba en la tienda y que servía de reserva”.

Hubo necesidad de sostener un combate en la puerta de la trastienda, lugar que resultó al fin, de difícil acceso por los cadáveres que se acumularon.

Después de media hora de combatir, y cuando quedaban al capitán Díaz pocos soldados disponibles, tocó diana que según la combinación planeada, quería decir la necesidad de refuerzos y municiones; pero el coronel Mejía (don Ignacio) no comprendió el toque o no llegó a sus oídos lo que se había convenido, el hecho fue que todos los destacamentos repitieron la diana y echaron las campanas a vuelo.

El combate de la trastienda se prolongó mucho; pero resultaba inútil acumular fuerzas, tomando en cuenta lo estrecho del lugar y por ello fue, que Porfirio Díaz prefirió retirarse cuando había perdido nueve hombres y tan sólo le quedaban tres y un corneta.

En su retirada, tuvo "la desgracia" de perder el hilo de las horadaciones; pues habían huido todos los soldados que uno a uno dejó apostados en cada horadación.

En la semana que siguió al ataque de la esquina del Cura Unda, creció la desmoralización entre los sitiados, "que culminó al saber que el Gobierno se proponía retirarse para la sierra, rompiendo el sitio".

A la misma época, corresponden el asalto de Oaxaca (16 de enero de 1858) y los combates de Jalapa (25 de febrero de 1858) y las Jícaras (13 de abril de 1858) en el istmo de Tehuantepec. Para conocer esos hechos de armas en detalle, recomiendo también las "Memorias del Gral. Porfirio Díaz", pues los presentes recuerdos o reminiscencias no tienen más objeto sino definir el papel que desempeñaba don Porfirio Díaz, en el año de 1858, al que pertenece la carta que transcribo en seguida, la cual puede darnos una idea de la clase de relaciones amistosas que mediaban en aquellos tiempos, entre don Benito Juárez y don Porfirio Díaz (1):

"E. Sr. Presidente Lic. D. Benito Juárez.
Veracruz.

Tehuantepec, Agosto 23 de 1858.
Muy querido amigo y Sr.

"Por este correo he recibido los números del "Progreso" que se sirvió V. remitirme, y en uno de ellos he visto lleno de reconocimiento el saludo que se digna V. hacerme, distinción que me honra sobremanera y que es un nuevo título de gratitud para mí".

"Por el periódico oficial del Gobo. del Estado, habrá llegado acaso a noticia de V. el ascenso que se sirvió concederme el mismo Supo. Gobierno. En este empleo como en el que antes desempeñaba se muy bien que de hecho y por precisa obligación estoy a las órdenes de V.; sin embargo, además de esa obligación quiero crearme otra ofreciendo a V. mi espada para la defensa de los sagrados derechos de nuestra patria, seguro de que mi débil puño procurará manejarla, a pesar del mayor peso que

(1).—Archivo de don Benito Juárez.—Legajo No. 1.—Biblioteca Nacional.

hoy gravita sobre ella, de una manera proporcional a la grandeza del objeto a que está consagrada. — Soy de V. afmo. amigo y S. Q. A. B. S. M.

Porfirio Díaz" (1).

En esta carta se descubre lo aficionado que fué don Porfirio, a las figuras de retórica, sobre todo a la metáfora. Ya entonces escribía las eres en forma de equis, como si multiplicara las incógnitas, y su rúbrica, que tiene la forma de un 8 acostado, no lleva rasgos gruesos en parte alguna; al contrario es fina, uniformemente.

(1).—Archivo de Dn. Benito Juárez.—Legajo No. 1 Biblioteca Nacional.